



EX LIBRIS

MAREA
EDITORIAL



BERLINER



MAREA
EDITORIAL



Gustavo Sierra

BERLINER

El vengador de Treblinka





Sierra, Gustavo

Berliner : el vengador de Treblinka / Gustavo Sierra. - 1a ed

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2024.

200 p. ; 16 x 23 cm. - (Narrativa / Constanza Brunet)

ISBN 978-987-823-046-7

1. Holocausto Judío. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Víctor Sabanes

Asistencia editorial: Carmela Pavesi

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Florencia Verlatsky

Corrección de ídish: Judith Wischnevsky

Foto de tapa: Fundación Antonio Berni. Fotografía tomada por Antonio Berni en un burdel de la calle Pichincha, Rosario, en 1932.

© 2024 Gustavo Sierra

© 2024 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8230-46-7

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.



A León y Milo.



ASÍ LO CONTÓ KRZEPICKI

Da un salto de felino. Se eleva en el aire y con rabia contenida clava con precisión el cuchillo de hoja corta en la espalda del *Unterscharführer* de las SS, Max Bialas. El golpe es exacto y veloz. Sostiene el arma en el puño de la mano derecha. Está ya en el aire cuando lo lanza con toda su fuerza en el lado izquierdo de la espalda del jefe nazi que viene caminando y señalando con una fusta quién debe vivir y quién morir. Nadie se dio cuenta de que Meir Berliner, “el argentino”, se movía nervioso en la fila de prisioneros. Recién en el momento en que ven caer el cuerpo y la sangre explota en la cara de algunos de los que se encuentran alrededor, entienden que algo terrible está sucediendo. Estalla la sucesión de gritos. Primero es el de Berliner cuando lanza el cuchillazo. Ooooooooooggggg. Se acopla el aaaaahhhhh de dolor de Bialas. Y le siguen los sonidos quebrados del estupor, uuujjjjjjj, que salen de las gargantas de los guardias ucranianos. Todos gritan, muchos sin saber por qué. En la *Appellplatz* del campo de concentración de Treblinka se levanta en ese instante un coro desafinado y trágico.

El sonido del caos se acopla y rebota entre los cuerpos en movimiento. Una nube de polvo cubre la escena para dar más confusión. Bialas permanece tirado con la cara sobre un charco de barro y la sangre corre desde la espalda por el hombro y el brazo. El cuchillazo fue preciso. Allí, al lado del corazón. Está herido de muerte y él lo sabe. Se le nota en la vista perdida. Berliner se sostiene de pie, con las manos en alto, casi inmóvil. Con la mirada de quien también sabe que va a morir muy pronto, pero que lo hará con la satisfacción de la venganza.

“¡¡¡¿Was ist los, was ist los?!!!”, gritan desesperados los SS con sus fusiles en mano, sin saber lo que está pasando. No encuentran un objetivo claro. Disparan al aire. Los guardias ucranianos lanzan

palazos a todos los que están en el lugar. Algunos cuerpos caen, otros se arrastran. Rostros furiosos, enrojecidos, con miradas de estupor, sin terminar de comprender, entre los ucranianos y alemanes. Caras de asombro y miradas en busca del lugar del escape, entre los judíos. Hasta que dos ucranianos levantan en el aire a Berliner y lo zamarrean como a una bolsa. Otro viene con una pala en la mano y lo golpea con el filo entre la oreja y la frente. Un hilo de sangre le cae de inmediato sobre el ojo izquierdo. Y en ese instante aparece el gesto más insólito en el rostro desfigurado de Berliner: una mueca de la boca que muestra la satisfacción de quien sabe que hizo lo que tenía que hacer.

“Mátenme, mátenme, no les tengo miedo”, llega a murmurar Berliner antes de recibir el segundo y trágico palazo en la cabeza de parte del corporal Manchuk, un ucraniano enorme, más conocido como “la Bestia”. Lo escucha otro prisionero, Krzepicki, que está justo atrás suyo y que logra moverse antes de que los golpes lo alcancen también a él. Cuando llega *Lalka* para poner un poco de orden, ya todo está jugado. Los ucranianos siguen pegando con palas a un Berliner moribundo. Kurt *Lalka* Franz es el jefe del campo, el jefe de Bialas. Le dicen “muñeca”, *lalka*, por su cara de bebé. Una expresión que pierde cuando sus ojos se convierten en acero y ordena la muerte. Detrás de él llega corriendo Christian Wirth, un alto jefe SS, arquitecto del Holocausto, bautizado por sus propios camaradas como *Christian der Grausame*. Otra verdadera bestia. Está ahí de paso. Su trabajo es supervisar los campos de exterminio. Esta semana le toca Treblinka.

Lalka Franz hace callar a todos y ordena a los prisioneros que vuelvan a sus filas. Se produce otro caos. En el medio quedan tirados algunos cuerpos de los que fueron alcanzados por los tiros o los golpes. Los guardias ucranianos se meten en el tumulto para arrastrarlos hasta un costado. Cuando los prisioneros terminan de acomodarse, firmes, tratando de mirar a la nada, todo el resto desaparece. Quedan en el centro, al frente, los dos cuerpos sangrantes. Uno de los soldados alemanes que oficia de enfermero está intentando parar la sangre que sale de la espalda de Bialas. Se nota que es apenas un aprendiz. Saca un manojo de gasas de una bolsa de combate y las pone sobre la herida. ¡Uuuuaaaaahhhhhh!, grita Bialas cuando el soldado tira un chorro de alcohol. Berliner permanece tirado a unos cinco metros, en otro charco de barro y sangre. No se mueve. Su cara está destrozada. La pierna izquierda quebrada en tres partes, con el pantalón y la camisa en jirones. En el abdomen

tiene otro corte profundo. Su último respiro sobreviene sin que nadie lo tenga en cuenta.

Franz busca con la mirada a Galewski, uno de los prisioneros más antiguos, algo así como un líder del campo al que los alemanes le perdonaron la vida a cambio de que mantuviera el orden en las barracas. Lo hace pasar al frente y comienza a pegarle con su fusta. Galewski queda de rodillas tratando de aguantar los golpes. La llegada de una ambulancia detiene todo por un momento. Dos soldados levantan a Bialas y lo colocan en una camilla. Ya no se queja. Está inconsciente. Lo introducen en la ambulancia, que sale tirando tierra hacia las alambradas de la entrada del campo. Es cuando abre la boca la bestia Wirth. Ordena que fusilen, de inmediato, a diez hombres. *Lalka* Franz los va señalando con la fusta. Un soldado los saca de la fila y otro les dispara en la nuca. Wirth y Franz se reservan uno cada uno. Los matan con sus pistolas automáticas que vuelven a meter en las cartucheras de sus uniformes cuando todavía humean.

A la mañana siguiente, no hay llamado a la formación de las seis como había sido hasta entonces. Desde las barracas se escuchan movimientos de camiones y órdenes en alemán. Se está produciendo una movilización de tropas. La incertidumbre entre los prisioneros es total. Ya para entonces tenía que haber arribado el primer tren del día, pero no se percibe ningún sonido del ferrocarril. Tampoco parece que estuvieran encendidos los hornos. No se oyen gritos de prisioneros. A las 7.30 llega, finalmente, la orden de salir de las barracas. Se encuentran con decenas de soldados nuevos que nunca habían visto en el lugar. Cuando se forman, entienden que la pequeña rutina creada para estos prisioneros que trabajaban en el bosque se quebró. La respuesta la reciben del propio *Lalka* Franz. Anuncia que el atentado contra Bialas va a ser pagado con la vida de 150 prisioneros.

Franz pasa caminando y señalando con la fusta a las víctimas. Pero esta vez no se mete entre las filas como lo hace siempre. Se nota que tiene miedo de que le suceda lo mismo que a Bialas. Se limita a señalar y dos soldados extraen al prisionero. Llevan a las víctimas en una triple fila hasta los pozos donde arrojan los cadáveres de los que mueren sin pasar por la cámara de gas. Los hacen colocar mirando hacia el vacío y los soldados disparan sus fusiles desde unos tres metros de distancia. Los cuerpos van cayendo uno encima de los otros. Más tarde, cuando se reanuda la macabra actividad usual del campo, tiran sobre ellos los cadáveres de los que

llegaron muertos por asfixia en los trenes, vacían sobre la pila unas latas de gasolina y le prenden fuego. El hedor rancio y repugnante hace vomitar a los soldados nuevos que nunca antes habían estado expuestos al olor que más afecta a los seres humanos.

Esa noche, en las barracas, uno de los caporales ucranianos llega con la única buena noticia que los prisioneros tuvieron desde que entraron al campo. Max Bialas murió en el hospital militar de Ostrów Mazowiecka. No hay festejos. El precio había sido muy alto. Pero, en el fondo, sienten que el cuchillazo de Berliner portaba la potencia de la venganza que todos hubieran querido llevar a cabo y que ninguno de ellos se había atrevido a ejecutar.

Una semana antes, el viernes 4 de septiembre de 1942, el primer tren del día proveniente de Varsovia repleto de prisioneros llega a la estación de Malkinia. Permanece detenido allí por casi una hora. Los gritos son desesperados. Piden agua. Están muriendo de sed. De un lado de las vías, un campo cultivado, del otro un bosque. Entre el humo y el vapor que larga la locomotora detenida aparecen unos campesinos polacos que se acercan al vagón de carga donde Berliner está con su esposa Roza y su hija Ruth, de seis años. Escucha que en la otra punta del vagón alguien ofrece todo lo que tiene por una cantimplora de agua. Los campesinos le piden diamantes. Saben que las familias llevan consigo lo más valioso porque creen que los están trasladando a un lugar de tránsito desde donde los deportarán a otro país. Berliner le grita que no lo haga. Es inútil. Un hombre mayor, con una larga barba blanca y un abrigo de piel, arroja una pequeña bolsa por la ranura entre las tablas del vagón. Los campesinos la toman y salen corriendo. Cuando el tren vuelve a ponerse en marcha por la vía alternativa que recorre los últimos seis kilómetros hasta el campo de Treblinka ninguno de los campesinos había regresado con el agua prometida.

Un muchacho delgado y alto que está al otro lado del vagón levanta a su mujer en el aire hasta hacerla llegar a una pequeña ventana que tienen estos carros para ganado en la parte superior, casi en el techo. Solo una mujer tan menuda podría pasar por ese agujero. El convoy se mueve muy lentamente mientras se hace el cambio de vías. La mujer se atreve a sacar la cabeza y mira a los costados, se estira un poco más y logra pasar su brazo derecho y el hombro. En el interior del vagón ya nadie grita. Todos están pendientes de los movimientos de ella. Dos hombres que se encuentran

cerca del muchacho lo ayudan a mantenerse en pie. En el instante en que la mujer intenta sacar el brazo izquierdo se escuchan dos disparos. Prrrruuumm. Prraaatshh. La cabeza de la mujer cae hacia adelante. El muchacho grita desesperado. “¿Qué pasa, Ivanka? ¿Qué pasa?”. La respuesta proviene de un guardia ucraniano oculto detrás de un árbol al fin de la estación. “¡¡¡No se asomen!!! ¡¡¡Cierren esa ventana!!!”. Vuelve a disparar. Esta vez, la bala rebota en los hierros del techo. El muchacho cae al piso llorando desesperado y trata de tirar de los pies de su mujer. Ivanka queda colgada, medio cuerpo afuera, desangrándose como una res.

El convoy avanza. El maquinista polaco toca la sirena. No avisa de ningún peligro. Lo hace para tapar los gritos de desesperación que provienen de los vagones y que ya no soporta oír. En el vagón de Berliner nadie habla. Solo se escuchan sollozos intermitentes. La depresión colectiva es estruendosa. Son más de 300 personas ocupando un espacio en el que podrían ir unas 60 sentadas o 100 paradas. Se tienen que mantener de pie agarrados unos a los otros. Al muchacho que perdió a su mujer le hacen un hueco para que pueda llorar sentado con los dos brazos tomándose la cabeza. Dos mujeres logran descolgar el cuerpo de Ivanka y lo depositan en el piso. Una madre tapa los ojos de su hija, que no puede apartar la vista de la muerta.

¿Qué pasa?! ¿Qué pasa?! La pregunta sin respuesta se sucede dentro del vagón y desde los otros vagones. El tren se detiene. El olor es insoportable. Varias mujeres se tapan la nariz con sus bolsas o abrigos. La luz del día apenas es visible entre una neblina general. No llueve ni nieva, pero cae algo parecido a copos de ceniza grisácea. Aparecen guardias rusos y ucranianos dando órdenes a unos judíos que visten trajes a rayas blancos y negros, raídos, y unos gorros de la misma tela, todos sucios, cubiertos de cenizas. Desenganchan algunos vagones. La locomotora vuelve a largar humo y vapor. Se pone en marcha. Arrastra solo a los primeros diez vagones. Todo se sacude como en un terremoto. Algunos caen al suelo. Berliner agarra a Roza y a Ruth con fuerza y las mantiene en una de las esquinas donde viajaron las diez horas que pasaron desde que los subieron a los golpes en la *Umschlagplatz*, la estación de cargas del gueto de Varsovia. El tren se detiene varias veces para dejar pasar otros convoyes cargados de soldados, cañones y tanques que van al frente. La guerra está lejos y cerca al mismo tiempo.

Otro frenazo de la locomotora hace tambalearse a los que todavía se mantienen en pie. Desde las hendijas, entre las maderas del vagón,

Berliner puede ver que se trata de una estación. Hay un pequeño edificio parecido a una oficina de guardas de tren con un reloj de madera colgado en la pared. Simula ser una estación normal. Incluso, a un costado tiene un cartel de fondo blanco con letras negras que dice “Treblinka”. Hacia el final, otro cartel reza “Ober Majdan”, un engaño para que los prisioneros crean que están en un establecimiento de campo, tal vez en la frontera. Después, Berliner supo que apenas se trataba de una escenografía armada para evitar el pánico de los que llegaban. Lo real es el terrible ladrido de los perros de los alemanes a los que azuzan para intimidar a los prisioneros. Gruuuuuu, gruuuuuu, gruuuuuu. Pasa un rato largo hasta que se abren las puertas de los vagones. Para descender hay que caminar por encima de los que no pudieron resistir el viaje. Los parientes intentan bajar los cadáveres o a algún desmayado. Los guardias enseguida se los arrebatan a los golpes y les tiran los perros encima.

La plataforma es estrecha y alargada. La *Auffanglager* tiene capacidad para unos diez furgones. Esa es la razón por la que la máquina va y viene hasta cinco o seis veces con cada grupo de vagones del convoy que permanece estacionado a unos 200 metros. Esa operación y el pronto despeje de la “estación” está a cargo del *SS-Scharführer*, Josef Hirtreiter, reconocido por su crueldad. El día anterior había agarrado por los pies a un niño de tres años que lloraba y le reventó la cabeza contra las vías. “¡Obedezcan y todo va a estar bien!”, grita Hirtreiter. “¡Van a ser deportados!”. Eso es lo mismo que les habían dicho los otros alemanes cuando los subieron a los trenes. Supuestamente los están mandando fuera de Polonia, tal vez a África, a Palestina. “¡Ah, a la Tierra Prometida!”, decían algunos con una extraña fe. Berliner no confiaba en nadie y todo eso le parece un absurdo. “Treblinka está más lejos de Palestina que de ningún otro lugar”, piensa, sin decírselo a Roza para no angustiarla más.

Hirtreiter ordena armar dos filas, por un lado, las mujeres y los niños; por el otro, los hombres. Tienen que pasar por un hueco entre alambres de espino, primero ellas, después ellos. Allí se levantan dos barracones donde se separan las filas. Berliner, desesperado, ve alejarse a Roza y a Ruth, que lo miran con angustia infinita. Unos guardias colaboracionistas de la *Jüdischer Ordnungsdienst*, la policía judía, van pasando con unas cajas en las que recolectan las joyas y el dinero que tuvieran encima. Les dicen que después les devolverán todo. Un hombre robusto y pelado toma unos diamantes que lleva en una bolsita, se desabotona los pantalones y se los

introduce en el ano. Otro, al final de la fila, comienza a toser y termina escupiendo unas piedras preciosas que había intentado tragar. Aparece Hirtreiter y antes de que se pueda poner de pie, le dispara en la nuca. El sonido del tiro hace que todos agachen la cabeza. El instinto de supervivencia provoca esa ridícula reacción.

Dentro de la barraca, a las mujeres les ordenan quitarse la ropa. “¡Todo, todo, todo!”, gritan unas guardias rusas mientras las golpean con palos en los pechos y los genitales. Una guardia judía pasa con un carro recogiendo la vestimenta y la va apilando en un rincón. En unos minutos, entre las maletas, bolsos y abrigos, se arma una pila hasta el techo. En la zona femenina, además, hay un sector donde cortan el pelo a las prisioneras. Roza y Ruth lloran a mares cuando les pasan una máquina eléctrica por la cabeza que las deja rapadas. Los pelos se van juntando en otra pila en la esquina inversa del barracón. Así, desnudas, peladas, sin la más mínima protección, escondiéndose unas entre las otras, las hacen caminar por lo que cínicamente los oficiales de la SS llaman *die Himmelstraße* (la calle al cielo) o *der Schlauch* (el tubo), un pasadizo entre alambres de espino que lleva directamente a las cámaras de gas.

Detrás del edificio de la estación, más a la derecha, hay una plaza de clasificación donde el *Lumpenkommando*, los guardias de menor rango, acumulan todo el equipaje. Está flanqueado por una enfermería falsa llamada “Lazaret”, que tiene un letrero de la Cruz Roja en la puerta. Es un pequeño cuarto rodeado de alambre de púas adonde van a parar los prisioneros que llegan en el tren enfermos, heridos o son clasificados como “difíciles”. Detrás de la cabaña hay una zanja de siete metros de profundidad. El *Blockführer*, Willi Mentz, apodado “Frankenstein”, es el encargado de conducir a estos prisioneros al borde de la zanja y fusilarlos uno a uno. Mentz ejecutó a miles de judíos con la sola ayuda de su asistente, August Miete, “el Ángel de la Muerte”, joven, carilindo, elegante. En la misma zanja quemaban lo que se considera poco relevante para enviar a Alemania y los documentos de identidad de los prisioneros.

El grupo de unas 300 mujeres y chicos del primer contingente corren por *der Schlauch* para no quedar atrapadas entre las púas de los alambrados. “¡Mamá qué pasa, mamá qué pasa!”, grita una nena de unos cinco años que su madre lleva en brazos, apretada al pecho. Los guardias les señalan la entrada a tres barracas. A los empujones, con palos y tirándoles los perros encima, hacen entrar a

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	
Así lo contó Krzepicki	9
CAPÍTULO 2	
Pultusk, la vida es bella	27
CAPÍTULO 3	
Meir, el gaucho judío.....	43
CAPÍTULO 4	
Gran Fuerza	63
CAPÍTULO 5	
Pichincha.....	83
CAPÍTULO 6	
Llega Roza.....	99
CAPÍTULO 7	
La violación	113
CAPÍTULO 8	
La caída.....	129
CAPÍTULO 9	
La huida.....	151
CAPÍTULO 10	
El gueto	173
EPÍLOGO	
La investigación	193



Esta edición de
Berliner
se terminó de imprimir
en Buenos Aires Print,
Pte. Sarmiento 459,
Lanús, Buenos Aires,
en el mes de agosto de 2024.

MAREA
EDITORIAL